

## **Rosa Luxemburgo y los problemas contemporáneos \***

**Jorge Luis Acanda \*\***

[Acanda54@cubasi.cu](mailto:Acanda54@cubasi.cu)

[anamary@infomed.sld.cu](mailto:anamary@infomed.sld.cu)

[filosofi@.cu](mailto:filosofi@.cu)

Como todos sabemos, el 15 de enero de 1919 fue asesinada Rosa Luxemburgo. Esa fecha fue escogida en la República Democrática Alemana para la realización, año tras año, desde su fundación en 1949, de grandes manifestaciones políticas en Berlín y en todas las ciudades del país. El 15 de enero de 1988, en la conmemoración del sexagesimonoveno aniversario de su asesinato, un grupo de disidentes se incorporó a la manifestación enarbolando una pancarta con una idea de Rosa, que rezaba así: *La libertad no puede nunca ser otra cosa que libertad para pensar de otra manera*. Eso les valió para ser arrestados en medio del acto y ser expulsados apenas 24 horas después del territorio de la R.D.A. hacia el entonces Berlín Oeste por el paso fronterizo bautizado por el ejército norteamericano como *Charlie Point*, que ya había alcanzado triste notoriedad por ser el lugar por donde el gobierno de Erich Honecker exportaba hacia la Alemania Capitalista a sus indeseables. Estaba a la sazón yo en aquel país, y el conocer aquella noticia me llenó de reflexiones. ¿Por qué podía ser considerado subversivo por un estado supuestamente comunista, el esgrimir una consigna escrita por una de las más altas figuras del comunismo alemán precisamente sobre la libertad para pensar de otro modo? Seis meses después pude presenciar otro incidente del mismo orden, otra mañana, esta vez del verano de ese año 1988, cuando muy temprano entré en la Universidad de Leipzig, y desde el principio noté algo raro en el ambiente. Unos hombres, vestidos de una manera inconfundible, merodeaban por el patio central de la moderna instalación. Pronto me di cuenta de la causa: en lo más alto de una columna de concreto, situada en el medio mismo del patio para servir como soporte de una antigua campana que era lo único que quedaba de la edificación originaria de la alta casa de estudios, alguien había escrito durante la madrugada, con pintura roja, el siguiente texto: *Majestad, déle libertad al pensamiento*. Media hora después, un grupo de empleados se esforzaba en envolver toda aquella columna con una tela en un intento por impedir que aquel letrado pudiera verse. Todavía puede evocar aquel cuadro, con aquellos hombres intentando entizar aquella columna que se alzaba cual un dedo admonitorio que nos advertía a todos, y un corro cada vez más numeroso de estudiantes, ciudadanos de aquella R.D.A. que, con abierto desprecio, se burlaban de aquella absurda maniobra y de los que la ejecutaban. Después, alguien en el Departamento de Filosofía de esa Universidad me dijo que la frase correspondía a una carta que Voltaire envió a Federico II de Prusia en el contexto de las tormentosas relaciones que el ilustrado filósofo mantuvo con el ilustrado déspota berlinés del siglo XVIII. Recordando ambos incidentes, me dije a mí mismo que muy mal andaría aquel socialismo cuando no sólo podía ser atacado y ser puesto en solfa con consignas que vinculaban libertad y pensamiento, sino que la sola exteriorización de esta idea desordenaba a aquel estado y lo empujaba a demostrar abierta y toscamente su intolerancia a la misma. El déspota berlinés del siglo XX era menos ilustrado que su antecesor. El 22 de enero de 1989 tomé el avión que me condujo a La Habana. En agosto, casi catorce meses después del

incidente del desafiante dedo de concreto con su roja demanda volteriana en la punta, comenzaba lo que los medios de prensa mundiales llamaron *la revolución de terciopelo*, y que nosotros denominamos como *el desmerengamiento* del socialismo. Con el no ilustrado déspota de Berlín desapareció también la R.D.A. Pero no por ello se tornó real la demanda de la vieja líder espartaquista. El totalitarismo del mercado capitalista y de su expresión ideológica, el así llamado *pensamiento único*, sustituyó al totalitarismo de una claqué que se amparaba detrás del fantasma de un partido que no existía. Talmente pareciera como si, tanto a la derecha como a la izquierda, estuviéramos condenados a que la lógica de la conservación y reproducción del sistema de relaciones sociales existentes no nos permita pensar de otro modo.

Creo que evocar aquí esos recuerdos viene muy al caso. Serán muy pocos los lugares en el mundo donde se conmemore el octogésimo aniversario del asesinato de esta mujer. Con sano orgullo veo que la Cátedra de Estudios Antonio Gramsci es la primera institución cubana que organiza una reflexión colectiva en torno a este hecho, y espero que mis temores de que sea la única pasen a ser desmentidos en los próximos diez meses. Quiero empezar recordando que una reflexión colectiva en torno a la vida y la obra de esta figura no es fácil entre nosotros, y ello por algo muy simple: es casi una perfecta desconocida en nuestro ambiente intelectual. Ella clasifica entre esas figuras del marxismo que yo he denominado “incómodas”. Demasiado comunista como para que la derecha burguesa intente apropiarse de ella o la derecha comunistoide pueda acusarla de agente del imperialismo, pero a la vez demasiado hereje como para que los déspotas no ilustrados del socialismo cuartelario puedan estarla exhibiendo demasiado. Una herejía que la llevó a enfrentarse a Bernstein y a Kautsky, pero también a Lenin, y nada menos que en cuestiones tan peliagudas como las de la democracia en la revolución y al interno del partido comunista. En los casi tres quinquenios negros de enseñanza de las ciencias sociales que padecemos (entre 1971 y 1986), su nombre no pasó de ser una simple referencia, casi siempre para acusarla de haber ocupado posiciones pequeño-burguesas en su polémica con Lenin. De ella no se publicó nada. Sobre ella, sólo una voluminosa pero vergonzosa biografía que apareció en la editorial de Ciencias Políticas en 1977, escrita por dos investigadores del Instituto de Marxismo-Leninismo de la R.D.A., y que no se apartaba ni un ápice de las posiciones timoratas y dogmáticas fijadas en torno a su figura. En los casi tres quinquenios posteriores, en la lucha contra este vendaval de derecha que intenta llevarse de cuajo tanto al marxismo dogmático como al revolucionario, su nombre ha seguido en la sombra. Son casi 25 años de adulteraciones y de olvido. Podemos hacer una afirmación amarga: para casi todos los cubanos por debajo de los 40 años, la figura de la polaco-alemana Rosa Luxemburgo es una referencia tan exótica y distante como la del *schnaps* prusiano o el *sauerkraut* de Sajonia.

Pero bien, no nos desanimemos. Recomenzamos ahora a desenterrar su figura y a reactivar su pensamiento. Y yo mismo me he dado un lugar para ello en este taller, en una mesa redonda que tiene por título “*Los combates por la teoría*”. ¿Qué quiere decir este título? Por supuesto, luchar contra el imperio actual del “pensamiento único” burgués, pero no para retornar al intento de sustituirlo con aquel “pensamiento único” burdo, mal zurcido y peor presentado del socialismo cuartelario. De lo que se trata es de combatir por el desarrollo de una teoría revolucionaria. De una teoría que, como dijera Marx, encuentre en la evaluación crítica y sin compromiso de todo lo que existe (y ese “todo lo que existe” la incluye a ella misma, por supuesto) la razón de su existencia. No se trata de luchar por el regreso de un sistema cerrado de axiomas y teoremas, sino de luchar por la libertad para el desarrollo de la teoría revolucionaria. Es a partir de este supuesto que

quiero hacer algunas reflexiones sobre las dos consignas que vinculaban libertad y pensamiento a las que me refería al comienzo de mi intervención.

En principio parece claro. Cuando Rosa habla de libertad para pensar de otro modo, y habiendo escrito eso en un contexto de absoluto dominio del capitalismo, parece ser que lo que está reclamando es la libertad de pensar de un modo distinto a como se piensa en la sociedad capitalista. Pero cuando recordamos el terror que ese lema despertaba en los politburóes al este del Elba, entonces la cosa no parece estar tan clara. Quiero destacar las diferencias entre esta consigna y aquella que le achacaron a Voltaire, de demandar que se le diera libertad al pensamiento. Rosa no está reclamando simplemente libertad de pensamiento. Esa es una consigna importante, por supuesto, pero tiene varios siglos de planteada, precisamente por la burguesía revolucionaria. Creo que la grandeza de esta mujer está en el modo en que la asumió y la replanteó.

Hago ahora un paréntesis que me parece pertinente para delinear mejor la idea que estoy intentando transmitir. Hace pocos años leí una tesis que me impactó, y a la que ya he hecho referencia en otros lugares. Es de un autor inglés, John Keane, que no es revolucionario, pero que en esta época de derechización insiste en reconocerse como socialdemócrata, y que afirmó que la vitalidad de una teoría ha de medirse por su capacidad de transformar imaginativamente los temas subversivos de otras teorías anteriores. Empujemos un poco a la izquierda esta tesis, y replanteémosla así: la vitalidad de una teoría revolucionaria ha de medirse, entre otras cosas, por su capacidad de transformar imaginativamente los temas subversivos de otras teorías revolucionarias. Un gran tema subversivo de la burguesía revolucionaria fue precisamente el de la libertad de pensamiento. El marxismo dogmático retrocedió asustado ante este tema. Careció de *imaginación democrática*, y sin ella se pierde la condición revolucionaria. No les quedó más remedio, a los cultores del dogmatismo, que intentar asegurar esta condición por decreto, con los tristes resultados conocidos. La gran Rosa no rechazó la consigna burguesa de la libertad de pensamiento, ni intentó dejarla a un lado, proyectándola como derecho a instaurar en algún futuro lejano, siempre bien lejano, sino que la asumió y la reestructuró en una frase tan breve como rica en implicaciones. Voy a destacar algunas de las implicaciones que observo, en un orden que no implica prioridad:

1. En primer lugar, implica un replanteamiento del socialismo en términos de libertad. A diferencia de la comprensión vulgar, que entendía el socialismo sólo desde una perspectiva estrechamente economicista y redistributiva, se postula un ideal ético-cultural. La nueva sociedad es vista como aquella que no sólo garantiza la libertad abstracta de pensar, sino sobre todo como aquella que crea las condiciones para poder pensar de un modo diferente al que ha predominado históricamente. La dominación y la explotación han marcado las características de todas las formaciones sociales existentes desde hace milenios. Como premisa y resultado, a la vez, se ha universalizado un tipo de producción espiritual que reproduce la jerarquización asimétrica y la reificación, y que se caracteriza por la subordinación cognoscitiva, la asimilación acrítica, la cosificación, la enajenación, la naturalización de las relaciones sociales, la interpretación instrumental del saber, los métodos pedagógicos verticalistas y repetitivos, la persistencia del mesianismo y la modelación unilateral de los procesos del pensamiento. La burguesía ilustrada pugnaba por la eliminación de las barreras sacralizadoras que impedían el despliegue de un modo de

pensamiento que fluía, en forma espontánea e inducida a la vez, del desarrollo de las relaciones de producción de plusvalía. La idea de Rosa Luxemburgo se coloca en un arco que parte de Marx y continuó después en Gramsci y mas contemporáneamente en Michel Foucault, otro autor no ya poco conocido, sino muy mal conocido entre nosotros, y al que en julio dedicaremos un taller. El socialismo cuartelario no desestructuró esa armazón epistémica, no se propuso la producción de un modo de pensamiento diferente, cuestionador, abierto, iconoclasta, desafiante de la autoridad y las falsas certezas. Por eso la consigna de la libertad para pensar de otra manera le era indigerible. Aquí me permito recordar una idea de Fidel, cuando dijo que esta revolución no le dice al pueblo cree, sino que le dice lee.

2. En segundo lugar, implica una reinterpretación de lo que significa el carácter revolucionario del marxismo. El marxismo crítico, revolucionario, surge como voluntad consciente de eliminar las relaciones de producción que condicionan la existencia no sólo de la injusticia, sino también de ese modo de pensamiento enajenante. El marxismo nace como intento de romper ese molde epistemológico, pero a la vez en el seno del mismo, que constituye el contexto espiritual en el que se despliega y contra el que se va a desarrollar, pero que inexorablemente lo va a contaminar. La persistencia del dogmatismo no se debe a la mala influencia de una u otra personalidad dentro del movimiento revolucionario, o a la ausencia de unas u otras lecturas. Es el resultado necesario del predominio hegemónico del modo de pensamiento afincado por quince mil años de dominación. Eso es lo que explica el carácter dramático de la historia del marxismo, la permanencia en su seno de las corrientes dogmáticas e inquisitoriales, que reproducen, con otra envoltura, los rasgos del pensamiento de la dominación y que intentan constantemente ahogar al marxismo crítico. Lo de dramático no le he dicho por gusto. Mariátegui afirmó en la década del veinte que el marxismo en América Latina no ha de ser calco, sino creación heroica. Heroica, acoto yo, porque es una creación mantenida en ardua batalla no sólo contra las fuerzas exógenas que conspiran contra ella, sino también contra las endógenas que reproducen el episteme legitimador del poder. Todo acto heroico es trágico. Trágica y dramática es la historia de los profundos desgarramientos y enconamientos internos del marxismo y del comunismo. En esa historia figuran El Che, Gramsci y Mariátegui, pero también Stalin, Pol Pot y Codovilla. Son la expresión de la lucha, al interno del marxismo, entre estos dos modos de pensar antagónicos, y que por eso no pueden encontrar conciliación ni comunicación. Es lo que explica, por encima de miserias personales y hechos factuales, la expulsión de Julio Antonio Mella del partido, la expulsión de Gabriel Barceló, los errores estratégicos de fines de la década del 30 y de la década del 50, etcétera. Es preciso construir las condiciones que posibiliten la producción de un modo de pensar diferente no sólo a nivel social, sino dentro del propio movimiento revolucionario.
3. En tercer lugar, una reinterpretación del concepto mismo de libertad. Desde el paradigma liberal, se ha interpretado la libertad en estrecha relación de dependencia con el mercado y con la democracia formal burguesa: sólo hay libertad, se nos dice, si hay libertad de mercado, y si existe pluripartidismo, alternancia en el gobierno, etc. Un cierto marxismo ha respondido tradicionalmente a esto demostrando el carácter explotador e injusto de las relaciones capitalistas de mercado y el carácter clasista de la democracia burguesa, pero no ha ido mucho más allá en la formulación de una teoría sobre la libertad esencialmente diferente. Para el otro marxismo, el representado por Rosa Luxemburgo, la libertad se entiende como libertad

para la autoconstitución de los nuevos sujetos sociales. A diferencia de la burguesía, que hace sólo una revolución para culminar el proceso de su auto-constitución como único sujeto social, excluyente y dominante, la revolución socialista tiene que negarse a sí misma constantemente, en la misma medida en que genera el desarrollo de nuevas identidades, de nuevos sujetos. No se trata de una sucesión de reformas, de “revoluciones pasivas”, como las denominó Gramsci, de revoluciones “desde arriba”, en las que se cambia algo para que no cambie nada. La revolución socialista no termina nunca, es una serie ininterrumpida de revoluciones realizadas desde abajo, desde las bases. Pero ello sólo es posible si todas y cada una de esas revoluciones genera, profundiza y amplía el campo cultural o entorno epistémico adecuado para la auto-producción de los nuevos sujetos. Sin libertad para producir ese nuevo pensamiento, para expresarlo y discutir las concepciones generadas desde los puntos de vista diversos pero confluyentes de las nuevas posiciones de sujeto, sin libertad para pensar de un modo que haga aflorar y germinar los componentes disruptivos y libertarios del socialismo, no hay garantía posible de la continuidad de la revolución. Es por ello que Abel Prieto ha dicho que la revolución tiene ante sí la tarea inédita de crear una cultura que sea afirmativa y crítica a la vez. El pensamiento confluyente con la dominación pastoral es un pensamiento sólo afirmativo, porque afirma la dominación, aunque intente disfrazarse de hipercrítico. El pensamiento de la revolución tiene que ser afirmativo de sus momentos de subversión, y crítico de las pervivencias del viejo modo de pensar. Un pasajero malentendido me permitió disponer de un libro de Alfredo Guevara, titulado significativamente *Revolución es lucidez*, en el que se recopilan textos escritos por él en estos cuarenta años. De especial significación para el tema que nos ocupa me parecen tres textos: “Inconformismo y revolución”, de 1962; “No es fácil la herejía”, de 1963; “Ser hereje es ser revolucionario”, de 1997. De estos tres trabajos voy a leer algunos fragmentos, que interpreto como situados en la misma senda de la reflexión de Rosa Luxemburgo sobre la necesidad de la libertad para pensar de otro modo: En “Inconformismo y Revolución” dirá Guevara: “... *el inconformismo precede a la revolución, se supera con ella, y en medio del proceso de la lucha transformadora, y en cualquiera de sus etapas, opera como elemento regulador y crítico*”. De su artículo “No es fácil la herejía” escojo estos pasajes: “*No es fácil la herejía. Sin embargo, practicarla es fuente de una profunda y alentadora satisfacción, y esta es mayor cuanto más auténtica es la ruptura o la ignorancia de los dogmas (...) En este sentido, la herejía es un riesgo por cuanto importa el abandono de los senderos, y el rechazo de su sustitución. No hay vida adulta sin herejía sistemática. (...) En el trabajo intelectual verdadero está siempre presente el germen revolucionario, puesto que no rechaza la herejía, y se compromete en la búsqueda. (...) Sólo el espíritu revolucionario, en su máxima autenticidad, lejos de temer, promueve la superación de todos los status establecidos*”. Y para los que piensen que treinta años después esta concepción ha cambiado, leo estos fragmentos de 1997: “*La herejía es lo más revolucionario que existe, y creo que la revolución es una herejía en sí. Todo lo que rompe la norma, destruye lo establecido, o intenta hacerlo, y hace una búsqueda enriquecedora de la realidad, o tratando de restablecer o de establecer términos de justicia, en el caso de una revolución, parece en un instante una herejía. (...) Ser hereje es ser revolucionario, y ser revolucionario es ser hereje (...) me refiero a la actitud ante la vida, a la actitud de búsqueda (...) a la inconformidad con lo que se tiene ante los ojos, a la voluntad de perfeccionamiento o de descubrimiento de otros planos de la vida y del pensamiento*”.

Después de estas reflexiones, creo que haber situado una mesa titulada “Los combates por la teoría” en este taller sobre Rosa Luxemburgo, sólo puede tener como objetivo afirmar la necesidad de romper lanzas por la teoría hereje, hija de la libertad de pensar de un modo diferente.

---

\* *Profesor Titular de Filosofía de la Universidad de La Habana*

\*\* (Publicado en: **Rosa Luxemburgo: una rosa roja para el siglo XXI**. La Habana, Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana. Cátedra de Estudios Antonio Gramsci, 2000.

Envíe su comentario por correo-e. a [Jore Luis Acanda](mailto:Jore Luis Acanda)  
[anamary@infomed.sld.cu](mailto:anamary@infomed.sld.cu); [acanda54@cubasi.cu](mailto:acanda54@cubasi.cu)

---



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 